

CULTURA, CREACIÓN, INDUSTRIA Y GOBIERNO: EL ESCENARIO DE UNA POSIBILIDAD INÉDITA

Por Antonio Romero

Antonio Romero, artista multidisciplinar, con una fuerte formación musical y tecnológica. Fue profesor de música e intérprete en diversas formaciones, ha realizado también diseño de sistemas sonoros interactivos para danza. Actualmente es autor de los contenidos de la compañía Poliposeídas, desarrolla trabajos de guión para una serie de animación, además de corealizar dos vídeo-documentales.

Más información:

www.produccionesnecesarias.com

■ El pensamiento es, sobre todo, una máquina de interrogar la realidad, nuestra cultura, nuestro entorno laboral, creativo y afectivo. Muchos creadores y creadoras no estamos solamente interesados en pintar, actuar, tocar un instrumento o diseñar una página web, nada de ello tendría sentido si no existiese una vida única y compartida que desarrollar en las mejores condiciones de plenitud posible. Hasta aquí nada diferencia a quien pinta cuadros de quien levanta paredes; un responsable de la cultura institucional de la ciudad de Córdoba me decía hace algún tiempo (cuando la construcción era aún el sector dorado del indiscriminado

beneficio financiero que tantas bondades nos está trayendo) que más precariedad había en las obras, las de pico y pala, y que por tanto, demasiado concretar era achacar un mayor grado de temporalidad, in-

defensión o falta de expectativas a lo que algunos denominan la “clase creativa”.

Preguntar no es ofender, aunque haya preguntas que lo hagan, y generalizar supone a menudo eludir matices y problemas específicos a tratar, ya que éstos tienden a reclamar atenciones también específicas. El mercado, por otra parte, requiere de sus actores (ofertantes y demandantes) esfuerzos adaptados a los tiempos y a la subordinación de los sectores laborales afectados a determinadas inercias estructurales asumidas como verdades inmutables; aunque ya vamos adivinado que aquello que llamamos mercado, a quien primero responde, es a sus propias necesidades de tráfico de mercancías materiales o inmateriales. Este es un problema común al hombre desde que éste es un lobo para sí mismo, tal y como decía el filósofo aquel.

Cambiar es difícil y aprender también, aunque para algunos (entre los que me incluyo) no vale la

pena cambiar por cambiar, sólo para adaptarte a las necesidades de la competencia o para aspirar a un trabajo un poco mejor explotado (vale también decir remunerado). Como si de una especie transgénica se tratara, el creador debe adaptarse, auto-programarse, auto-formarse, auto-emplearse (“yo creo, yo como”, dice el slogan del Proyecto Lunar a este respecto), y no sabemos si como los artefactos de James Bond, auto-destruirse, cuando los avatares del mercado lo decidan.

La base de nuestro aprendizaje como seres humanos reside, en mi opinión, en la necesidad de crear en relación; nuestros comportamientos creativos se multiplican y enredan, y es en estos procesos relacionales donde el milagro de la potencia autopoietica puede darse, allí donde por fin la consabida aritmética pierde su fuerza inexorable y del “uno más uno” ya no resultan “dos”, sino diez, cien, mil...en una continua posibilidad de producción de estados propios e individuos y grupos auténticamente responsables de sí.



Pero aprender también es una forma de resistir, y en estos tiempos globales donde la información es una pólvora asequible y fácilmente deslumbrante, hay que resistirse a la generalización de situaciones así como a la escolarización y normalización de las ideas que generan esas situaciones. Discursos innovadores como los de la autonomía, la imaginación, la cooperación o la conciencia social, han sido sistemáticamente “arrimados” a la esfera pública del tráfico de poder por personas creadoras, no sólo creativas, que buscan una manera de articular sus valores e intereses en una sociedad, la nuestra, que continuamente re-coloca sus intereses y valores en función de la seguridad personal, el beneficio o la rentabilidad.

Desde el Software Libre pasando por la Cooperación Internacional, o el creciente intento por normalizar y ensalzar la figura del trabajador creativo “dueño de sí”, todo vale, en su justa medida, para el cambalache del mercado de la innovación y la competencia. El arte y la cultura son las industrias creativas por antonomasia, potencialmente dinámicas y adaptables. El problema del trabajador de las virtuales industrias creativas en España es precisamente que nunca ha sido nada, ni siquiera trabajador; nunca ha sido intermitente del espectáculo como en Francia, o miembro de una unión de actores o músicos como en EEUU; ha sido funcionario público, profesor, gestor privado, trabajador precario por cuenta ajena o simplemente alguien que hacía algo (una producción cultural, una obra) sin esperar demasiado a cambio.

El trabajador-a de la cultura en España a lo sumo se unió hace unos años para aportar su grano de arena a una sociedad que se rebelaba en contra de otra guerra absurda, falaz e imperialista alentada por un tiranuelo con bigote que nunca pagará por ello. Ahora las cofradías de actores y músicos de amplia proyección mediática se movilizan en defensa de los intereses del entramado societario que se erige representante general de los autores de todo el país. Los-as creadores-as de éxito y nombre se unen, junto a su gobierno de alter-

nancia monja-jamón, para colaborar con una élite financiera que se niega abandonar un obsoleto concepto de mercado y beneficio indiscriminado. Gentes visibles de la cultura mejor remunerada se alían con la industria multinacional para arremeter sus iras en contra de inmigrantes buhoneros y para acusar de criminales a más de diez millones de usuarios de redes P2P. El trabajador-a de la cultura en España se une poco y mal.

De este escenario parte la Andalucía del 2009, con energías y financiaciones orientadas a las recién inauguradas industrias culturales andaluzas, como si de unas olimpiadas o de una termomix se tratase: un Plan Estratégico con una año a su joven espalda, una feria estable a nivel regional (FICA), circuitos, festivales, programas de emprendedores, y un imprescindible tejido asociativo de profesionales implicados aglutinado en organizaciones como ACTA o GECA.

Ahora bien, de manera simultánea al diseño oficial que se intenta transmitir como idea de industria, existen también alternativas y propuestas culturales vigentes vinculadas a movimientos más amplios de acción ciudadana y que recogen sentires y pensares con un fuerte componente de red social: la Casa de Iniciativas en Málaga, la Fábrica de Sombreros en Sevilla, los-as Creadores-as invisibles de Córdoba, Aula Abierta, Catarqsis o la reciente iniciativa Questionarte en Granada, programas de innovación en el pensamiento del común cultural como Reunión 08 del Programa Arte y Pensamiento de la Unia (Universidad Internacional de Andalucía); y seguramente muchas más, invisibles, latentes, frágiles y aún escondidas, trabajando desde un común poco complaciente con las recetas impuestas.

Experiencias que apuestan y desarrollan propuestas de vanguardia en el pro-común cultural andaluz y de las que cada vez más emergen producciones e iniciativas de validez reconocida. Y es que nosotros y nosotras también estamos creando y produciendo la cultura y el pensamiento que necesitamos para existir, principalmente porque no



MONOGRÁFICO: INDUSTRIAS CULTURALES Y G.C.

nos complace el epígrafe otorgado en el diseño institucional de las cosas, o porque creemos que el mapa, visto desde el cielo de la Administración y de las necesidades y atenciones estratégicas del mercado, queda incompleto: ni son todos los que están, ni mucho menos están todos los que son.

Existe en todo caso, un proceso complejo y dinámico, que sea cual sea, no creo que pueda materializarse en grandes respuestas sino en ➡

el ejercicio continuado de enunciar las buenas preguntas, las que conduzcan a la construcción de la “vida buena” para todos-as, y al desarrollo cultural a escala humana al que muchos y muchas aspiramos.

Pero, ¿por dónde empezamos?. Habría que empezar por todo lo que no sabemos. Sólo por poner un ejemplo, ¿conocemos las carencias a nivel de espacios y de disponibilidad de los existentes con las que contamos en ciudades como Córdoba o Granada?, ¿conocemos la falta de relación entre la educación artística reglada y la realidad laboral en las enseñanzas artísticas?, ¿sabemos cuánto de las ayudas y subvenciones llegan realmente a los creadores?, ¿conocemos el impacto y utilidad de éstas?.

¿Sabemos que un sector emergente y actualmente potenciado por las Administraciones, las flamantes industrias culturales, está, en su escalón más básico (el de los trabajadores y trabajadoras) totalmente desvalido a nivel de unión y derechos sindicales, información, y sobre todo,

posibilidades de auto-formación en las materias que les afectan?, ¿sabemos que simultáneamente no dejan de surgir estructuras empresariales aglutinantes fabricadas “desde arriba” y con un alarmante nivel de dependencia y coexistencia institucional?, ¿sabemos que muchas de esas empresas son especialmente opacas en sus financiaciones (públicas)?, ¿sabemos cuántas de ellas generan empleos de calidad y cuántas precarizan sistemáticamente?, ¿sabemos qué competencia y monopolio generan en el frágil ecosistema de la cultura andaluza?.

¿Sabemos qué pasará en unos años cuando los programas de incentivación empresarial hayan alentado un territorio saturado de pseudo-profesionales?. ¿Crear riqueza o repartir precariedad?. ¿Sabemos que cualquier administración local gasta mucho más en sueldos de funcionariado directo o indirecto que en actividades?, ¿está ese personal a la altura de las circunstancias?.

¿Sabemos que cuando alguien en la Seguridad

Social, Hacienda o el INEM pregunta alguna duda referida al Régimen Especial de Artistas el funcionario de turno mira hacia una localización indefinible entre el techo y una telaraña buscando a alguna autoridad superior que ilumine el entuerto sin que éste quede generalmente resuelto?. En general, ¿sabemos lo difícil que es hacer de la creación un trabajo honrado y menos vulnerable a la arbitrariedad?.

Tal vez entre todos y todas podamos responder a algunas de esas cuestiones. No habrá industria sin trabajadores-as, una concepción ajustada a la realidad no puede olvidarse de un tejido creativo de base, activo, valorado, competente y articulado; y sobre todo inmerso en la posibilidad de procesos mejores, sin desmerecer los esfuerzos de las personas competentes que desde su ámbito están trabajando en ello, ni en los progresos venidos y por venir.

Manuel Delgado, el brillante profesor catalán, se despidió de una charla con algunos de los militantes de Creadorxs Invisibles que asistimos a las conferencias de La Invención de las Ciudades invitándonos a que reflexionáramos sobre la raíz de la palabra cultura. Los orígenes del término se encuentran en una metáfora entre la práctica del cultivo de la tierra, el cuidado del campo y el ganado. Pues bien, eso hacemos nosotros,

los Creadores y Creadoras Invisibles de esa ciudad: cultivamos y preparamos la tierra, sembramos, recolectamos, damos de comer a los animales, vigilamos nuestras necesidades y enfermedades. Pero, ¿y el terreno?. El sembrado está abandonado, poco regado e inaccesible porque las malas hierbas copan la tierra y no queda sitio para que crezcan los alimentos; hay que limpiarlo, plantarlo, cultivarlo con semillas de calidad y dando preferencia a éstas antes que a inversiones en tractores de última generación, antes que en contratar agrónomos de salarios millonarios, antes de fabricar una industria sintética de grupos empresariales subsidiados. Antes de eso: las semillas, la tierra, las personas. Regar. Dejar crecer.



Actores de la compañía Poliposelidas, de la que Antonio Romero forma parte